La calle para el martes 21 de septiembre de 2010
Diario de un espectador
Haiga sido como haiga sido
Miguel ángel granados chapa

Basada en la novela de Álvaro Uribe, *Expediente del atentado*, a su vez originada en un suceso penal ocurrido durante el Porfiriato, la cinta de Jorge Fons, *El atentado*, se manifiesta, como es obvio, con su propio lenguaje. Una de las manifestaciones de esa aportación cinematográfica al relato del sopapo que asestó Arnulfo Arroyo al Presidente Díaz el 16 de septiembre de 1897 es un artificio que recuerda el papel del coro en la comedia griega: en una carpa muy concurrida, dos figurantes comentan en tono chusco los acontecimientos que son narrados en la película. No son un añadido, un pegote, sino parte del guión, que no se agota en el relato del atentado sino que pone en boca de esos cómicos la reacción del público. De tal manera que, en la escena final del filme, una vez que se insinúa una conspiración contra Díaz cuyo principal instigador es enviado de embajador a Helsinki, el coro concluye con una suerte de resignación empleando la fórmula que hizo célebre Felipe Calderón quien, desde antes de llegar a la Presidencia predijo que sería feliz al asumirla, "haiga sido como haiga sido" el modo de obtenerla.

Se sugiere que desde dentro del gobierno se generó una conjura para acabar con Díaz. A la cabeza del *compló* estaría el general Felipe Berriozabal (interpretado por Aarón Hernán) que contó con la complicidad de Eduardo Velásquez (Julio Bracho, según dijimos ayer), el jefe de la policía capitalina, quien a su vez descansó en Antonio Villavicencio, un comandante de guardias rurales que conserva en la ciudad su talante cruel y hábil, y que es representado por el eficaz veterano Salvador Sánchez (también presente en la pantalla en estos días, como el mecánico talachero padrino de Benny García, protagonista de *El infierno*, de Luis Estrada).

Villavicencio oye en Xochimilco a Arroyo cantar corridos de protesta contra la dictadura y sabe que con él cumplirá una encomienda de su superior. Lo cultiva y lo induce a atentar contra el Presidente. Tiene instrucciones de que su gente, cuando aquello ocurra, esté lista para ultimar al asesino y no se sepa nunca quién lo envió. Pero Arroyo se emborracha la víspera, pierde el puñal con que ha de herir de muerte a Díaz, busca una piedra para cumplir a golpes su objetivo y finalmente, desarmado, se contenta con el puñetazo limpio que apenas lastima al dictador. Un lance atrevido, bien logrado por Fons, consiste en presentar como ocurridas esas tres posibilidades, imaginadas por el presunto homicida entre los vapores de la embriaguez que apenas están diluyéndose.

Además de Aarón Hernán y Salvador Sánchez, Fons recurrió también a actrices consagradas, a quienes pidió adornar su tarea con breves apariciones: María Rojo figura como la sufrida madre de Arroyo, que llora

lo que hizo su hijo y más lo que le hicieron; y Angélica Aragón, que protege con su decencia la reputación de Cordelia. Pero como es ciega, no puede ser la chaperona perfecta que anhelaría ser.

Daniel Jiménez Cacho hace un muy verosímil Federico Gamboa, un hombre de varios mundos, famoso entre la presunta aristocracia de la época por sus aficiones prostibularias, de las que tomó la atmósfera de su novela más conocida, *Santa*, y que se afanaba por escalar cargos diplomáticos hasta el punto de aceptar ser el canciller del gobierno usurpador de Victoriano Huerta, lo que por supuesto no se ve en la cinta de Fons.